



MIAHUATLÁN  
13 de Octubre de 1866

## CAPITULO XV.

Prisión del General Díaz en Puebla.—Su evasión del convento de la Compañía.—Se reúne con una guerrilla, y aumenta sus fuerzas.—Se retira á Guerrero.—Derrota del imperialista Visoso.—Marcha á Oaxaca, y allí hace una rápida campaña.—Derrota de los húngaros.—Batalla de Miahuatlán el 3 de Octubre de 1866.



**C**RAN los días de luto de la República: los invasores ocupaban casi todo el territorio después de haber sucumbido los fragmentos del Ejército Nacional, que combatieron hasta quemar su último cartucho en defensa de la Patria.

Una sombra de imperio, entre tanto, pretendía ejercer una absoluta soberanía sobre el país, cuando el Jefe francés era quien realmente gobernaba, sobre todo en el ramo de Guerra, confiado exclusivamente al Mariscal Bazaine.

Maximiliano intentaba en vano constituir una monarquía liberal, cuando en torno suyo sólo había elementos reaccionarios.

El Príncipe austriaco, al rodearse del partido moderado, que es el único que se presta en su ductilidad á todas las defecciones, se hizo la ilusión de que tenía á su lado á los republicanos, cuando sólo llevaba á su gobierno sábios de gabinete, enteramente nulos en la práctica administrativa.

El imperio, desde la llegada de Maximiliano á Veracruz, comenzó arrojando con desdén de los puestos públicos á los que tanto habían trabajado por su elevación, ya en los campos de batalla sosteniendo la causa reaccionaria, ya en la política de ostracismo, solicitando la intervención europea en todas las Cortes, sin retroceder ni ante el anatema de traición que iba á quedar estampado para siempre sobre su frente y sobre su nombre.

Ya los franceses habían dado una lección severísima á los reaccionarios disolviendo el risible gobierno de Almonte establecido en Córdoba, y obligando más tarde á la regencia á dejar en pié las leyes de bienes nacionalizados, que tanto preocupaban al clero.

Maximiliano consumó la obra enviando á Márquez á Jerusalén, á Miramón á Berlin, y despidiendo de los puestos públicos á los conservadores, para colocar en su lugar á los liberales moderados y á los tráfugas que, defeccionando á la República, se ligaban al imperio.

El partido nacional supo aprovechar esos errores cometidos por el usurpador, y comenzó á luchar de nuevo, sacudiendo el estupor que es natural en el vencido.

La guerra de guerrillas comenzó á acentuarse fatigando á las columnas francesas que recorrían el territorio, y derrotando frecuentemente á las tropas auxiliares y á los traidores.

Verdad es que Uraga en su defección dejó sin elementos á las tropas que ocupaban á Jalisco, las cuales tuvieron que abandonar éste Estado; pero el General Arteaga se situó con los restos de la división en Michoacán sosteniendo allí la campaña, juntamente con Salazar, Riva Palacio y Regules.

Estos caudillos, sin embargo, sólo á fuerza de patriotismo podían mantener la lucha, rodeados por las tropas de Mendez, que llenas de recursos y apoyadas por los franceses y los austriacos, perseguían con ventaja y fortuna á los republicanos.

Las noticias de aquella lucha llegaban alguna vez al General Porfirio Díaz, quien se estremecía de impaciencia en su prisión, ansiando tomar parte en los peligros y en la gloria de sus compañeros; pero se ejercía entónces una vigilancia exagerada sobre el ilustre prisionero, y éste no podía evadirse.

Porfirio tenía la audacia suficiente para lograr escaparse, á pesar de todo; pero temía comprometer gravemente á los demás prisioneros.

Por otra parte, el Jefe austriaco encargado de su custodia, Schismandía, lo trataba con tal caballerosidad ampliando hasta con exceso su prisión, que no quiso serle desleal fugándose.

Pero cambiaron al fin estas condiciones: casi todos sus compañeros recobraron su libertad y Schismandía fué relevado. El General Thum, que sustituyó á aquel, estrechó rigurosamente la prisión del General Díaz, redeándolo de la más exagerada vigilancia y sometiénolo á todo género de penalidades, siguiendo las órdenes del Cuartel General francés, que se negó á cangear á Porfirio por los prisioneros austriacos hechos por el Ejército republicano del Centro en Michoacán.

Entonces el General Díaz preparó su evasión para la noche del 20 al 21 de Septiembre de 1865.

Los que conocen la Compañía de Puebla, donde estaba preso el caudillo republicano, se asombrarán de cómo éste intentó aquella fuga que parecía imposible, por la altura de los muros del antiguo convento de los Jesuitas, y por estar el edificio convertido en cuartel cubierto con centinelas por todas partes.

Los preparativos hechos por el prisionero consistían tan sólo en una cuerda larga y perfectamente enrollada, y un puñal que con mil dificultades pudo proporcionarse.

En las sombras de la noche salió de la celda que le servía de calabozo, llevando la cuerda que debía servirle para su evasión: y aprovechando el momento en que el centinela le daba la espalda en una de sus vueltas, se deslizó por la pared del claustro, llegó á una azotehuela y trepó después de esfuerzos supremos al techo de una pequeña cocina que allí había. Desde allí lanzó un extremo de la cuerda logrando al fin engancharla en una pilastra de la bóveda de la iglesia, y ascendió por ella sintiendo el vértigo del vacío; pero llegó al fin á la altura.

Entonces comenzó á arrastrarse por las bóvedas para que no distinguieran su silueta los centinelas apostados en el techo del convento, que quedaba á sus piés. Al fin por uno de los ángulos de la iglesia que caía á una calle situada á la espalda del templo se descolgó en el vacío, y oscilando y jugando la vida, cayó al fin á una casa de donde pudo salir á la calle.

La evasión estaba realizada sin que el General Díaz hubiera perdido ni por un momento la tranquilidad de su espíritu: y prueba de ello es que, en la punta inferior de la cuerda por donde consumó su fuga dejó atadas dos cartas, una para el Conde Thum reprochándole su mal comportamiento, y otra para Schismandía dándole las gracias por las atenciones que le mereció.

Ese acto de valor y sangre fría que hemos contado en unas cuantas líneas, para no divagarnos de nuestro objeto, hubiera dado materia para escribir un tomo entero á un novelista.

Al amanecer el 21 de Septiembre el General Díaz, sólo, marchaba rápidamente para Coyula donde lo aguardaba Bernardino García con una fuerza insignificante de catorce hombres, catorce bandidos como llamaba el imperio á los defensores de la Patria: al siguiente día con ese grupo sorprendió y desarmó la guarnición de Tehuizingo, reunió cuarenta hombres y marchó á Piaxtla donde derrotó á un escuadrón que de Acatlán marchaba á su encuentro, quitándole todas sus armas y sus caballos.

Bazaine entre tanto comprendió la importancia de la fuga de aquel prisionero y lanzó en su persecución á Visoso con ciento cincuenta caballos, y al Coronel Flon con doscientos, á fin de impedir, sobre todo que Díaz penetrara á Oaxaca.

Pero éste, comprendiendo que entonces no encontraría aún en su Estado los elementos suficientes para organizar fuerzas, se dirigió rápidamente á Guerrero, llegando á Tlapa donde los Coroneles Cano y Segura, con sesenta hombres que mandaban, se pusieron á sus órdenes.

Entonces retrocedió sobre los imperialistas que venían en su seguimiento, y habiendo sorprendido el 1º de Octubre á Visoso, lo derrotó completamente, haciéndole cuarenta muertos y muchos prisioneros, quitándole armas y una fuerte cantidad de dinero, con el cual se formó la Comisaría del Ejército de Oriente.

Estableció en Tlapa el centro de sus operaciones en un campamento fijo desde donde iba á organizar la campaña, y allí dejó las fuerzas que tan rápidamente había levantado, y marchó violentamente para la Providencia, casi sólo, á hablar con el General Don Juan Alvarez, para ponerse de acuerdo con él y recabar algunos recursos para la guerra. El viejo patricio le proporcionó doscientos fusiles y unos cuantos soldados para conducir al armamento que, á pesar de ser antiguo y de chispa, podía servirle para las primeras empresas.

Algunos Jefes y Oficiales que se habían refugiado en las montañas del Sur quisieron marchar con él y servir á sus órdenes. Así acompañado regresaba á su campamento cuando supo, cerca de Tixtla, que una fuerte columna de austriacos y de traidores había ocupado á Tlapa y casi todo el Distrito.

Recurrió entonces el General Díaz al patriotismo del General Jimenez el cual puso á sus órdenes el batallón de Chilapa y toda la indiada de la montaña desarmada, pero que presentando un aspecto imponente siguió al caudillo al asalto de Tlapa.

Aterrados los austriacos ante aquella multitud se replegaron á Matamoros Izúcar, y Díaz ocupó á Tlapa, haciendo volver á los pueblos y al batallón de Chilapa á sus hogares.

Entonces creyó Visoso que podía atacar á Tlapa, tanto más cuanto que el General Díaz estaba enfermo; y con doscientos hombres avanzó hasta Comitlipa donde fué hecho pedazos, dejando más de la mitad de su fuerza muerta en el campo, el resto prisionera, y todo el armamento en poder de los republicanos.

El General Díaz creyó que era tiempo de operar en Oaxaca donde tenía ya emprendidos algunos trabajos para levantar aquellos pueblos.

Silacayoapam fué el primer Distrito de Oaxaca que pisó Porfirio

Díaz levantando sus guardias nacionales, de donde pasó á Tlajiaco y de allí á Jamiltepec, aumentando y organizando los voluntarios que acudían á su llamado, y barriendo las fuerzas imperialistas que se replegaban á su paso.

Aquella campaña tan rápida como feliz, en la cual el audaz guerrillero iba convirtiéndose en un caudillo de todas las fuerzas republicanas que ocupaban ya distintas poblaciones del Estado, comenzó á preocupar seriamente á las autoridades imperialistas que reforzaron sus guarniciones, especialmente las de Matamoros, Acatlán, Huajuapam y Tlajiaco, á la vez que se envió al General Ortega con mil hombres sobre la retaguardia de Porfirio.

El Jefe imperialista logró sorprender en el punto llamado «Lo de Soto» el 25 de Enero de 1865 á las fuerzas nacionales, desbaratando la gran guardia de éstas, y lanzándose sobre el campamento del General Díaz.

Las tropas surianas se desbandaron en su mayor parte, y sólo el General Díaz con el Coronel Reguera y los soldados con quienes había hecho las anteriores campañas, detuvo el empuje de toda la columna.

Aquel puñado de valientes hizo retroceder hasta Pinotepa á los mil hombres de Ortega; pero la fuerza del General Díaz había quedado diezmada y el desaliento cundió entre los del Sur, lo que obligó al Jefe á enviar éstos á sus montañas.

Poco tiempo duró la inacción del caudillo, pues habiéndosele unido el batallón de Acapulco y algunos nacionales, se lanzó sobre Ortega á quien arrojó de Pinotepa y Jamiltepec hasta el otro lado de Río Verde, quedando en poder de los republicanos cuatrocientos fusiles de los traidores, todas sus municiones y vestuario.

Las fuerzas del Sur volvieron á su Estado, y Díaz comenzó á organizar las de Oaxaca con los Jefes y Oficiales del antiguo Ejército de Oriente que se le habían incorporado.

El 14 de Abril ya pudo asaltar á Putla, cuya guarnición sorprendió, haciéndola prisionera.

Después de haber asegurado su campamento de Tlapa con las infanterías, se puso al frente de la caballería, é hizo una rápida expe-

dición por las Mixtecas para arbitrarse algunos recursos, volviendo rápidamente sobre Tlapa; pero esta población estaba ocupada por los austriacos, habiéndose retirado á la montaña los Jefes republicanos Leyva, Segura y Cano. Sin embargo, al acercarse el General Díaz huyeron los imperialistas y aquel caudillo recobró la posición que era el centro de sus operaciones.

Rápidas, audaces y sobre todo felices fueron las campañas que en los meses siguientes hizo el General Díaz, insurreccionando á los pueblos, levantando por todas partes guerrillas y fomentando la guerra de independencia en Puebla y en Veracruz, manteniendo relaciones con los Jefes que se habían levantado poniéndose á sus órdenes.

Pero la imponente actitud del caudillo republicano alarmó al imperio, y tanto éste como el cuartel general del ejército francés enviaron fuertes columnas en su persecución, que lo obligaron por la superioridad del número y de la organización de aquellas á hacer día y noche marchas forzadas, y los movimientos más audaces y estratégicos.

Así recorrió varios pueblos del Estado de Puebla, retrocediendo después por Atexcatl y Charumba hasta llegar en Septiembre á las Mixtecas, donde sorprendió y capturó la guarnición de Teposcolula.

Entonces Oronoz salió de Oaxaca con lo más escogido de sus tropas, lanzándose en seguimiento del General Díaz, quien comenzó á retroceder al Sur para atraer á los imperialistas á quienes pensaba desbaratar.

Aguardó el Jefe republicano á Oronoz en Tlajiaco, y de allí marchó á Chalcatongo, y de nuevo á Tlajiaco, que por dos días ocupó el enemigo: así obligó á fraccionarse á las columnas imperialistas que se habían incorporado á Oronoz; y éste retrocedió hasta Oaxaca creyendo que los republicanos se dirijan á la capital.

El 23 de Septiembre la caballería del General Díaz derrotó cerca de Nochistlan á una columna de caballería húngara, muriendo el Jefe de ella conde de Gants.

Libre entonces de las columnas que lo ostigaban, emprendió su marcha sobre el valle de Oaxaca, pasó junto á esta ciudad, y en los momentos en que Oronoz salía sobre él violentamente, Porfirio Díaz,

aparentando retirarse, siguió por el Valle, tomando el rumbo de Miahuatlan.

Es que atraía al enemigo al lugar donde había pensado acabar con él, comprendiendo que llegaba la hora suprema de retar al azar y poner fin á aquella campaña tan fatigante.

Hemos trazado rápidamente el prólogo de esa gloriosa campaña de Oriente, porque era preciso contemplar desde su origen aquella asombrosa insurrección iniciada por un prisionero fugitivo, secundada por un pueblo patriota y valiente, y terminada entre relámpagos de gloria por el esfuerzo de la Nación.

Hay algo de épico en aquella lucha. Un prisionero de guerra se fuga de una prisión monumental donde lo vigilaba hasta el exceso el terror del enemigo: sólo, se lanza á las montañas, levanta un grupo de indios desarmados, les habla de Patria y de independencia, y con ellos lucha, combate y vence, tomando todo del enemigo, armas, municiones y recursos.

Y en aquella guerra terrible y sin cuartel no deja un rencor á su espalda, no extorsiona, no hace verter una lágrima, y los pueblos lo reciben con entusiasmo, lo ayudan y lo aplauden en sus victorias.

Sin embargo, los imperialistas estaban mucho más fuertes que el caudillo republicano que sólo llevaba seiscientos hombres desnudos, sin armas y sin municiones, mientras Oronoz contaba con una brigada perfectamente dotada y organizada, y provista de todo género de recursos.

La columna imperialista estaba compuesta del 9º batallón de infantería, el terrible batallón de cazadores cuyos Jefes, Oficiales y sargentos eran franceses cumplidos, y enganchados por el imperio: aunque sólo llevaba dos obuses de montaña, en cambio su caballería era excelente, formada por una guerrilla que se había hecho célebre por su audacia, y los cuerpos de Trujeque y Acebal.

Era el aniversario de la expedición de la terrible ley que conde-

naba á muerte á todos los patriotas que combatieron por la libertad de México.

El 3 de Octubre tuvo lugar el encuentro en las lomas de Miahuatlan: Oronoz con sus mil cien hombres de las tres armas, avanzaba á paso veloz hasta ponerse á la vista del puñado de republicanos, á las tres y media de la tarde.

El General Díaz con sólo su escolta detuvo al enemigo hasta la llegada de la caballería, que al mando del General Ramos comenzó á batirse con las avanzadas de los imperialistas.

Entonces el General Díaz partió á colocar la infantería en las lomas de los Nogales que están al Poniente de Miahuatlan, dando su frente al Oriente. Pero ya encontró en la posición al Jefe de la Brigada de infantería Coronel Manuel Gonzalez, y sólo tuvo que tender el resto de su línea de combate.

Esta línea se prolongaba de Sur á Norte, hallándose á la derecha el batallón Morelos, de Tlapa, con cien hombres de fuerza á las órdenes del Teniente Coronel Juan J. Cano: seguían los Tiradores de la Montaña, que mandaba el Comandante Felipe Cruz, con doscientas treinta plazas, y á la izquierda terminaba la línea el batallón Patria con noventa y seis hombres, siendo su Jefe el Coronel José Segura y Guzman.

Apoyaban la derecha ochenta hombres de la compañía de Chiautla, y la izquierda el batallón Fieles de la Patria, cuyo total era de ciento treinta hombres á las órdenes de Carbó.

Establecida la línea, el General Díaz ordenó al General Ramos se replegara con la caballería atravesando la población; pero en una de las calles quedó un pelotón de vecinos armados que mandaba Apolinar García, y cuarenta hombres de los Tiradores, que se emboscaron en las milpas que formaban las primeras calles del pueblo. Esta fuerza tenía por objeto impedir que el enemigo estorbara la retirada de la caballería que venía casi mezclada ya con los traidores, los que se replegaron al verse atacados por los flancos. La caballería pudo entonces colocarse á retaguardia de la línea republicana.

Ornoz mandó entonces á su columna hacer un cambio sobre su derecha quedando al frente de la línea del General Díaz, y ocupó á paso veloz las lomas de «Yolveo» y el «Matadero.»

Los imperialistas se formaron en tres fuertes columnas, avanzando una nube de tiradores que abrieron el combate, á la vez que su artillería rompió sus fuegos.

La batalla comenzó espléndida: las columnas imperialistas marchaban amenazadoras, á la vez que los tiradores hacían un fuego vivísimo sobre los republicanos, que no podían contestarlo sino muy débilmente por lo escaso de su parque; pero éstos resistieron impasibles el empuje de los terribles cazadores que, dirigidos por oficiales franceses, tan heroicamente se batieron en las últimas horas del imperio.

El General Díaz tuvo que reforzar al fin los tiradores de su línea con los restos de la compañía de Chiautla, y veinte hombres del batallón Morelos, dando el mando de este refuerzo al Jefe de su Estado Mayor Juan Espinosa Gorostiza.

Pronto se hizo general el combate en toda la línea; pero los republicanos agotaban rápidamente sus municiones con lo que su derrota hubiera sido segura, si el General Díaz no hubiera tenido una de esas inspiraciones que dan la victoria á los pequeños ejércitos.

Resuelto á dar una carga sobre las posiciones enemigas, lanzó sus tiradores al otro lado del río que formaba la línea divisoria entre los combatientes, ordenó al General Ramos que con el escuadrón de Tepeji tomase la retaguardia de los imperialistas y avanzó á la vez el costado derecho y el centro para apoyar el movimiento de la caballería.

Mandó dar el caudillo republicano el toque de avance, y poniéndose á la cabeza de una columna formada por el batallón Fieles y los lanceros de Puebla, cargó por el centro sobre la artillería enemiga, á la vez que el Coronel Gonzalez atacaba por la derecha.

La columna central que llevaba el General Díaz tenía formada su vanguardia por la línea de tiradores que al mando del Coronel Espinosa se le unieron en la misma línea de batalla del enemigo.

La batalla llegó entonces á ese período de delirio que toca á lo sublime, pero que es imposible describir.

Los republicanos casi desnudos, sin municiones, y mal armados, se precipitan arrollando todos los obstáculos, dejando el campo por donde marchan sembrado de cadáveres, suben hasta las posiciones

del enemigo, lo arrollan, se apoderan de la artillería, y luchando al arma blanca y brazo á brazo, lo ponen en completa dispersión.

La caballería republicana había hecho con tal precisión su movimiento al colocarse á la retaguardia del enemigo, que al ser éste destruido en su línea, cortó aquella las cargas y cargó sobre los dispersos, haciendo infinidad de prisioneros.

Esta victoria, que tan cara costó á los republicanos, fue el espléndido prólogo de esa épica campaña de Oriente que tanta gloria virtió sobre la bandera reivindicada de la Patria.

Esta registra hoy en sus anales la fecha del 3 de Octubre de 1866 en que tuvo lugar la batalla de Miahuatlan.



LA CARBONERA  
(18 de Octubre de 1866).

MEXICO. IMP. Y LIT. LATINA.